

LAS VOCES SEDIENTAS

por

Sergio Villanueva

*Nada se asemejaría tanto a un actor en la escena o en sus ensayos,
que los niños cuando en la noche juegan a los fantasmas en los
cementorios, envolviéndose en sus sábanas, o levantándolas sobre
una percha, dando lúgubres voces para dar miedo a los transeúntes.*

LA PARADOJA DEL COMEDIANTE

Diderot

Personajes

ABRAHAM

HENRY

ACTO ÚNICO

Luz cálida y débil en el patio de butacas. Sobre el escenario intuimos la escenografía de una pieza clásica de teatro. A telón abierto, escena en un principio insuficientemente iluminada. Algo en la atmósfera en penumbra en ese escenario, algo también en el patio mismo de butacas, en los palcos, y en cada rincón del Teatro nos traslada indudablemente a otro tiempo. Pues todo debe indicar al público, al ir entrando en la sala, que se encuentra indudablemente en el interior del Teatro Lyceum de Londres, la noche del sábado 19 de diciembre de 1896.

Una vez los espectadores se encuentran ya dispuestos en sus respectivas butacas para presenciar la función, se escucha el chirriar de una lejana puerta principal y unos pasos apresurados. Seguidamente se abre la puerta del pasillo central de acceso al patio de butacas. Entra con premura un hombre grande, con elegante abrigo oscuro y sombrero. Es pelirrojo. Lo sabemos por su barba. Se llama ABRAHAM. Lo sabremos más adelante.

HENRY (off): ¡Ahora...!

ABRAHAM: ¿Henry?

Pausa

ABRAHAM: ¿Henry?

HENRY (off): *¡Ahora...!*

ABRAHAM trata de averiguar de dónde procede esa voz. Pero la voz procede de todas partes.

ABRAHAM: Tranquilo. Ya me tienes aquí. He venido en cuanto me lo han dicho.

HENRY (off): *¡Ahora...!*

En esta ocasión se ha cambiado el matiz, la intención en esa palabra. También su procedencia. De un modo incomprensible parece provenir de alguno de los palcos del primer piso.

ABRAHAM: ¿Dónde estás, Henry? ¿Por qué no bajas, hablamos y...?

HENRY (off): *¡Ahora!... el invierno de nuestra desventura ...*

ABRAHAM: Henry, por favor.

HENRY (off): *... se ha transformado en un glorioso estío por este sol de York...*

ABRAHAM: Quizás prefieres que suba yo. ¿Lo prefieres? ¿Subo, Henry?

HENRY (off) : *...y todas las nubes que pesaban sobre nuestra casa yacen sepultas en las hondas entrañas del Océano...*

ABRAHAM: Voy a subir Henry. ¿Me oyes?

HENRY (off): ... Ahora... Ahora están ceñidas nuestras frentes con las guirnaldas de la victoria... Ahora... Ahora... Ahora...

ABRAHAM se gira de espaldas y en ese momento la sombra de una figura encorvada recorre el escenario, proyectándose de un distorsionado modo expresionista y agigantado. ABRAHAM no puede ver la sombra. Silencio. ABRAHAM empieza a acercarse al escenario. Oye un ruido justo al alcanzar las escaleras centrales por las que acceder a escena. Se gira hacia los palcos centrales. De repente aparece por detrás suyo, en el propio escenario y de un modo sorprendente y enigmático un hombre, al principio encorvado, luego demostrando una altura casi aristocrática al incorporarse. El hombre misterioso es viejo, va nítidamente afeitado, y vestido de negro de la cabeza a los pies, sin ninguna mancha de color en ninguna parte. Tiene en la mano una antigua lámpara de plata, en la cual la llama se quema sin globo ni protección de ninguna clase, lanzando largas y ondulosas sombras al fluctuar por la corriente. El hombre misterioso hace un ademán con su mano derecha, un gesto cortés con sonrisa enigmática. No hace ningún movimiento para acercarse. Permanece inmóvil como una estatua fría, como si su gesto de bienvenida lo hubiese fijado en piedra.

HENRY: Bienvenido a mi casa.

ABRAHAM: *(Se sobresalta)* ¡Henry! Cielo santo, por un momento pensé...

HENRY: ¡Entre con libertad y por su propia voluntad!

Tras pensarlo unos segundos, ABRAHAM, ya próximo a la escalera de proscenio, comienza a subir con recelo. Le da la mano al hombre de negro. Y este le ayuda a llegar al escenario.

ABRAHAM: Tu mano, Henry...

HENRY: ¿Sí?

ABRAHAM: Está fría.

HENRY: ¿Fría?

ABRAHAM: Sí. Fría como... como un témpano.

HENRY: Ciertamente. Como un témpano.

ABRAHAM: Parece... Parece más la mano de un muerto... que de un hombre vivo.

HENRY: Pronto se calentará. Ya lo sabes.

Pausa

ABRAHAM: Anda, ve al camerino a prepararte. Sé razonable. No queda mucho para... (*aproximándose a él*)

HENRY: ¡No! ¡No me toques!

ABRAHAM: ¿Henry?

Pausa

HENRY: ¿Dónde estoy?... ¿Dónde estoy, maldita sea?

ABRAHAM: ¿Cómo que dónde estás? Estás en el Teatro.

HENRY: ¿En el Teatro?

ABRAHAM: En tu Teatro.

HENRY: En mi Teatro.

ABRAHAM: Eso es.

HENRY: Mi Teatro. Me gusta cómo suena.

ABRAHAM: Claro que te gusta. Es tu casa.

HENRY: Bienvenido a ella, entonces.

ABRAHAM: ¿Cómo dices?

HENRY: Entre libremente, váyase a salvo, y deje algo de la alegría que trae consigo.

ABRAHAM: Toda mi alegría está aquí dentro, Henry.

HENRY: ¿Aquí?

ABRAHAM: Sí, aquí. Toda mi alegría.

HENRY: ¿Aquí?... No, no, no...

ABRAHAM: Desde hace ya casi treinta años, Henry...

HENRY: Treinta años... Pero... ¿Acaso no estamos en los campos de York?

ABRAHAM: Claro, viejo amigo. En los campos de York.

HENRY: ¿O frente al mar?... Sí...

ABRAHAM: O frente al mar. Donde tú quieras.

HENRY: ¿Acaso no es grande Inglaterra?

ABRAHAM: Muy, muy grande, en verdad.

HENRY: Qué tranquilo y silencioso es todo esto, ¿verdad?

ABRAHAM: Sí. Lo es.

HENRY: En ocasiones.

ABRAHAM: Sí.

HENRY: Muy diferente, querido amigo.

ABRAHAM: ¿De qué?

HENRY: De la lucha horrible de la política. No me mires así. Debería ser una lección para ti. Aquí, en este lugar tranquilo, lejos del ruido de las ciudades, hay una oportunidad para la reflexión, ¿no crees? No encontrarás aquí los hombres mortificándose con su temperamento y acortando su vida con pensamientos amargos y hechos violentos. Aquí... Ahora... Puedo esperar, ¿sabes?; ahora puedo esperar... la inmensidad del tiempo infinito... Ahora... Ahora...

Va diciendo esto desapareciendo de la vista de ABRAHAM.

ABRAHAM: ¿Esperar qué?... ¡Henry...Henry... !

ABRAHAM entra por el mismo sitio que HENRY pero no da con él.

ABRAHAM: ¿Dónde estás?

HENRY (off): ¡Todo es oscuro y horroroso para mí, pues no puedo recordar nada; pero sé que estoy inundado de memoria!

La voz de HENRY vuelve a surgir de lados incomprensiblemente opuestos.

ABRAHAM: *(Volviendo a entrar en escena)* ¡Henry!

HENRY (off): Pero también estoy lleno de un vago temor...

ABRAHAM: ¡Hablemos Henry!

HENRY (off): ... Y me siento débil y exhausto.

ABRAHAM: ¡Tú eres fuerte!

HENRY: No. Porque todo ha terminado.

ABRAHAM: ¡No, no ha terminado! Escúchame, sé que tienes motivos para pensar que... pero estoy aquí. Aquí me tienes una vez más. ¿Te he fallado yo alguna vez? Dime, ¿te he fallado?

Pausa

ABRAHAM: No vuelvas a esconderte, por el amor de Dios. Tienes que dar la cara, estamos a punto de empezar.

HENRY (off): ¡No! ¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado! ¡Me ha abandonado!

ABRAHAM: ¿Qué quieres decir?

HENRY (off): ¡No lo sé! ¡No sé qué viene ahora! ¿No lo entiendes? ¡No me acuerdo!
¡No puedo acordarme! ¡No puedo!

ABRAHAM: Ya te ha pasado muchas veces. Y siempre sale bien.

HENRY (off): No.

ABRAHAM: Al final siempre sale bien.

HENRY (off): La pierdo, ¿lo oyes? La estoy perdiendo.

ABRAHAM: No, no la pierdes.

HENRY (off): ¡Mi más absoluta arma! ¡Se desvanece! ¡Mi memoria!

ABRAHAM: Pues improvisas.

HENRY (off): ¡Qué dices, estúpido, ingénuo!

ABRAHAM: Como los italianos.

HENRY (off): Qué sabrán ellos.

ABRAHAM: Tienen el conocimiento.

HENRY (off): ¿El conocimiento? (*Ríe*)

Pausa

ABRAHAM: Desde hace mucho, mucho tiempo. Y el conocimiento es más fuerte que la memoria.

HENRY (off): ¡El conocimiento, el conocimiento...!

ABRAHAM: ¡Es más fuerte! Siempre ha existido una enseñanza mediante la cual los hombres dotados de facultades superiores han dado sus indicaciones a quienes aspiraban a tenerlas.

HENRY (off): ¿A qué viene eso ahora?

ABRAHAM: A que tú tienes esas facultades, ese conocimiento, y tu cometido es transmitirlo desde aquí, desde la escena.

HENRY (off): ¡Maldito sea el conocimiento!

ABRAHAM: ¡Ya basta Henry!

HENRY (off): ¡Maldito seas tú!

ABRAHAM: ¡Están todos a punto de llegar, Henry!

HENRY (off): ¡Y malditos sean todos!

Pausa

ABRAHAM: ¿Henry?

HENRY vuelve a parecer de un modo sorprendente junto a ABRAHAM. Este se sobresalta. Seguidamente se recompone.

ABRAHAM: ¡Me has asustado!

HENRY: Eso, querido amigo, es porque los muertos viajamos velozmente.

ABRAHAM: ¿Qué estás diciendo, Henry?

HENRY: ¿No lo notas? ¿No lo sientes?... Shhh... Sólo en su propia alma encontrará el hombre los medios para que se abra la razón de un iniciado, ¿recuerdas? Son claros y precisos los caminos que el hombre debe recorrer para adquirir la madurez que le permita adquirir el conocimiento superior, sí. Pero sobre nosotros, bien lo sabes, penden oscuras y tenebrosas nubes, y el aire se encuentra pesado... pesado... pesado...

ABRAHAM: No, no es así como lo dices.

HENRY: ... Cargado con la opresiva sensación del trueno. En la Antigüedad los templos del Espíritu eran visibles.

ABRAHAM: Ahora también lo son.

HENRY: Ya no existen.

ABRAHAM: Por supuesto que sí, son los teatros, este mismo teatro.

HENRY: Nuestro teatro... Se cierne algo oscuro, apocalíptico en cada rincón de este lugar, de cualquier lugar.

ABRAHAM: Me estás asustando, Henry.

HENRY: Sí, eso ya me lo has dicho. Con todo lo que sucede a nuestro alrededor tú dices que soy yo quien te asusto.

ABRAHAM: Cuando te pones así sí.

HENRY: ¿Así cómo?

ABRAHAM: Así. Con esa mirada como encendida, tan roja, tan...

HENRY: ¿Tan qué?

ABRAHAM: ... Tan, no sé, cargada de vileza.

Pausa

HENRY: ¿Te apetece una taza de té?

ABRAHAM: ¿Una taza de té? ¿Pero qué estás diciendo? ¡No hay tiempo para una maldita taza de té! (*HENRY ríe*) ¡No te rías! ¡Tienes que reaccionar!

HENRY: (*transformando su risa en casi desesperado llanto*) ¡No quiero! ¡No quiero!
¡No quiero!...

ABRAHAM: (*Agarrándolo con fuerza y agitándolo*) ¡Vuelve al camarino, acaba de vestirte! ¡Vamos, venga Henry, yo te ayudo!

HENRY: ¡No quiero volver al camerino!

ABRAHAM: ¡Tienes que volver!

HENRY: ¡Hay espejos!

ABRAHAM: ¿Pero qué cosas dices?, por supuesto que hay espejos.

HENRY: ¡Hay espejos sí, espejos en los que me miro y no veo nada!

ABRAHAM: Henry. Estamos a punto de empezar.

HENRY: No, querido. Estamos a punto de acabar.

ABRAHAM: ¿A qué tienes miedo? Vamos, tú mismo lo has dicho más de una vez:
Aprendemos de los fracasos, no de los éxitos.

HENRY: ¡Yo no he dicho nunca esas cosas! ¡¿De dónde demonios has sacado tal estupidez?!

ABRAHAM: ¡Lo dijiste tú!

HENRY: ¡Silencio!

ABRAHAM: ¿Qué?

Pausa

ABRAHAM: ¿Qué pasa ahora? ¿Qué tienes, Henry?

HENRY: ¿No los escuchas?

ABRAHAM: ¿Escuchar el qué?

HENRY: Los hijos de la noche. Sus voces.

ABRAHAM: ¿Voces?

HENRY: Sí. Ah, qué música la que entonan...

Pausa

ABRAHAM: Yo no oigo nada.

HENRY: Tú no oyes nada porque no estás preparado para escuchar, porque no puedes penetrar en los sentimientos de un cazador, en los sentimientos de un lobo... (*Aúlla como un lobo*)

ABRAHAM: ¡Se acabo, Henry!

HENRY: ... *nuestras abolladas armas penden de los monumentos; nuestros rudos alertas se han trocado en alegres reuniones; nuestras temibles marchas en regocijados bailes...* ¡Y ya está!... ¡No hay más!... ¡No hay más!... ¡Eso es lo que me pasa! ¡O es que acaso eres tan estúpido que no te has dado cuenta!

ABRAHAM: Tranquilo.

HENRY: ¡No me pidas que esté tranquilo!

ABRAHAM: Tranquilo, he dicho.

Pausa

HENRY: ¡No hay más! ¡Sólo el blanco! ¡Sólo el condenado blanco! ¿Es que no lo entiendes?

ABRAHAM: Trata de calmarte, te lo ruego.

HENRY: ¡Y un salto! ¡Un salto, sí! ¡A otro momento!

ABRAHAM: No te entiendo.

HENRY: ¡Sé que es otro momento!

ABRAHAM: ¿Qué momento?

HENRY: ¡Otro! ¡Eso sí que lo sé! ¡Otra escena!

ABRAHAM: Ya.

HENRY: ¡De otra obra! ¿Me entiendes? ¡De otro texto! ¡Pero tampoco podría decir de cuál!

ABRAHAM: Es normal, Henry.

HENRY: ¿Normal? ¡Nada es normal! ¡Aquí no!

ABRAHAM: Sí, es normal. Han sido muchas obras. Durante muchos años.

HENRY: Muchas obras.

ABRAHAM: Sí.

HENRY: Dicen que la gente que está agonizando muere generalmente con el cambio de la aurora... Muchos años... o con el cambio de la marea... Muchos años... Tú mismo lo has dicho. Fueron.

ABRAHAM: No, no pienses eso.

HENRY: No puedo evitar pensarlo. Fueron. Ya no. Ya nunca.

ABRAHAM: Cómo que nunca. Aun queda mucho por hacer Henry. Esta noche mismo.

HENRY: No.

ABRAHAM: Sí, querido amigo. Esta noche...

HENRY: ¡No!

ABRAHAM: ¡Esta noche, volverás a ser Duque de Gloucestre! Y ellos te amarán como siempre.

HENRY: ¡No!

ABRAHAM: ¡Te amarán! ¡Como tantas otras noches te han amado y temido, Ricardo!

HENRY: ¿Qué has dicho?

ABRAHAM: Ricardo... Rey Ricardo...

HENRY: ¿Rey?... No. No. No. Esta noche es el fin. *¡Pálidas cenizas de la casa de Lancaster!*

ABRAHAM: Eso es. Esta noche es un nuevo principio.

HENRY: No, no lo es.

ABRAHAM: ¡Lo es! ¡De nuevo Ricardo! ¡Nada de fin! ¡Nada de eso! ¡No lo piensas realmente!

HENRY: ¡Sí lo pienso Abraham, lo pienso! ¡Cada minuto de mi existencia! ¡Tantos años! ¡Tanto esfuerzo, dime, para qué!

ABRAHAM: ¿Para qué, dices?

HENRY: ¿Estoy acabado?

ABRAHAM: No, no lo estás.

HENRY: ¡Aparta de mí esa maldita cruz que cuelga en tu pecho!... *¡Maldita sangre que aquí dejó esta sangre!*

ABRAHAM: ¡Ya estoy aquí! Tranquilo. Todo irá bien.

HENRY: Dámela, entonces.

ABRAHAM: No. Esta vez no.

HENRY: Dámela. La necesito.

ABRAHAM: No. Nunca más.

HENRY: Sabes que sin ella no puedo empezar. Dámela.

ABRAHAM: Nunca. A partir de ahora empezarás sin ella.

HENRY: ¡No, no, no! ¡No puedes hacerme eso!

ABRAHAM: ¡Henry!

HENRY: ...*¡El mundo es ya tan perverso que los reyezuelos se atreven a picotear donde no alcanzarían las águilas!*

ABRAHAM: Lo recuerdas Henry, ¿lo ves?

HENRY: No. No lo recuerdo.

ABRAHAM: Por supuesto que sí. Siempre lo recuerdas.

HENRY: ¡Hoy no podré! ¡No esta noche!... *¡Para coronar su sangre he vertido la mía!* ¡No si no me la das! ¡Dámela!

ABRAHAM: ¡Abandona esa idea!

HENRY: ¡Dámela!

ABRAHAM: ¡No!

HENRY: ¡Una vez más!

ABRAHAM: ¡No! ¡Se acabó Henry!

HENRY: *Espantable bruja arrugada, ¿qué vienes a hacer ante mi vista?... No puedo...*

ABRAHAM: ¡Puedes, claro que puedes! ¡Por tus venas, circula la sangre de muchas razas bravías que pelearon como pelean los leones por su señorío!

HENRY: La necesito. Una vez más...

ABRAHAM: ¡No precisas de mí para presentarte una vez más ante todos ellos!

HENRY: ¡Una sola vez! ¿Serás capaz de no dármela una sola vez más?

ABRAHAM: Eso me has dicho muchas noches.

HENRY: ¿Muchas?

ABRAHAM: Muchísimas.

HENRY: *¡He mostrado demasiado ardor por el bien de alguien que ahora muestra demasiada frialdad en recordarlo! ¡Te necesito! ¿Claro que te necesito, maldita sea!*

ABRAHAM: ¡Tú no necesitas a nadie! ¡A nada! ¡Porque tú eres el mejor!

HENRY: Tonterías.

ABRAHAM: El más grande.

HENRY: ¡Ya no! ¡Dámela! (*Acercándose a ABRAHAM*)

ABRAHAM: Ahora y siempre (*Alejándose de HENRY*)

HENRY: No seas absurdo.

ANBRAHAM: El Primer Caballero.

HENRY: No, ya no. Dámela

ABRAHAM: ¡Lo eres! ¡Lo serás! ¡Por siempre! ¿Qué diablo o qué bruja ha sido alguna vez tan grande como Atila, cuya sangre está en esas venas?

HENRY: La sangre es una cosa demasiado preciosa en estos días de paz

deshonorable; y las glorias de las grandes razas son como un cuento que se narra.

ABRAHAM: ¡Un actor, Henry! ¡El Primero! ¡La Reina Victoria te nombró Caballero!

HENRY: Sí lo hizo, ciertamente.

ABRAHAM: Un actor Miembro de la Orden del Imperio Británico.

HENRY: Nadie nunca podía imaginar tal cosa, ¿eh amigo? Que un actor fuera nombrado Caballero por la Reina.

ABRAHAM: Por cualquier Reina o Rey.

HENRY: En cualquier época, reino, imperio... *Todos estamos sujetos a llorar el eclipse de nuestra brillante estrella; pero ninguno puede curar con lágrimas sus males.*

ABRAHAM: Te nombraron a ti. Te convirtieron en su igual. Porque no pudieron sino asumir, que tú has trascendido este arte. Tú lo has elevado. Y ellos, pobres mortales, aunque emperadores, sabiéndose imposibilitados al alcance de tu majestuosa gracia, han significado con tu nombramiento, que por ti se dignifica lo que solo fue a lo largo de la historia un oficio incómodo de gente problemática, indeseable, prescindible e incómoda para ellos. Te han hecho su igual, ¿no lo entiendes? ¿Es que no te das cuenta de lo que eso significa? ¿No te das cuenta de lo que tú significas? Vienen a verte, a adorarte. Te hicieron caballero.

HENRY: Los de la Orden ya saben que la influencia indirecta del teatro es muy grande, y tiende a impregnar todas las clases de la sociedad, por lo que la condición de la escena es claramente la prueba del carácter de una nación.

ABRAHAM: Porque a nosotros los ingleses lo que nos ha hecho emperadores del mundo entero son las obras de Shakespeare.

HENRY: Nuestra literatura, nuestras costumbres, nuestra religión, nuestro gusto en gran medida se ven afectados por Shakespeare, sí. Bacon acertó con su plan de cambiar la conciencia desde los teatros.

ABRAHAM: Así es viejo amigo, supo que con esas obras y con paciencia de siglos dominaríamos el mundo, acelerando en el pueblo inglés el amor por sus escritos, por la cultura, sentimiento de grandeza que puede ser ya verdaderamente considerados benefactor nacional, pues nos ha erigido como un imperio. Mucho más fundamental que cualquier tipo de industria para la grandeza de una nación es el conocimiento, que se adquiere por educación, por cultura. Y esto sólo es posible fomentando la crítica, el libre pensamiento. Por ello nombraron Caballero a un actor. Por ello habrá muchos más, a partir de ahora. Pero tú siempre serás el primero.

HENRY: ¿Por qué no nos vamos a la costa? ¿Lejos? ¿Solos tú y yo, como solíamos?

ABRAHAM: Lo primero es lo primero, Henry. Iremos la costa, adonde tú quieras. Pero antes debemos ofrecerles a Ricardo, debemos hacer la función.

HENRY: No sé si...

ABRAHAM: ¿A qué tiene miedo el más grande, el más real y convincente?

HENRY: No quiero ser Rey. Puede que hace tiempo yo fuera todo eso que dices.

ABRAHAM: Hoy también lo eres. Esta noche lo serás.

HENRY: No. Ya no. *Estoy indeciso si conviene más a mi linaje y vuestra condición el retirarme en silencio o contestaros con amargos reproches. Si no os respondo, tal vez imaginéis que mi lengua, atada por la ambición, consiente, por su silencio, a este yugo dorado de la soberanía que bondadosamente queréis imponerme aquí. Si, de otro lado, repruebo los ofrecimientos que me hacéis, inspirados en vuestro sincero*

afecto hacia mí, entonces ofendo a mis amigos. Por tanto para hablar evitando lo primero y después, al hablar, no incurrir en lo último, he aquí definitivamente mi respuesta. Vuestra adhesión merece mi gratitud, pero mis méritos sin valor no se hallan a la altura de vuestros requerimientos...

Pausa

ABRAHAM: Eres el más grande, Henry.

HENRY: No. Sólo soy una sombra de lo que fui. Sólo soy en estos días un fantoche patético, ridículo viendo el infinito negro del precipicio. Sólo agarrándome a lo que creo saber, como si fueran ramas de la escasa fortuna que ahí se encuentran para no hundirme, no ahogarme, no morir.

ABRAHAM: Tú no vas a morir Henry.

HENRY: Sí, voy a morir. Soy plenamente consciente de que ya no me queda mucho. Por eso salto a otras cosas.

ABRAHAM: Todos lo hacemos.

HENRY: Otros parlamentos.

ABRAHAM: Nuestros pensamientos funcionan así.

HENRY: Y ojalá pudiera saltar a otros teatros.

ABRAHAM: ¡No digas eso Henry, no te lo permito!

HENRY: ¿No me lo permites? ¿Tú dices que no me lo permites?

ABRAHAM: ¡Este Teatro es mi vida, nuestra vida!

HENRY: ¡Este Teatro es mi muerte, nuestra muerte!

Pausa

ABRAHAM: Ve a prepararte Henry, te lo ruego.

HENRY: No quiero volver a actuar.

ABRAHAM: Lo tuyo no es actuar, lo tuyo es la vida misma, tan real y convincente son cada una de tus palabras, cada una de las sombras de tu expresión sobre tu rostro o voz.

HENRY: ¡No me adules!

ABRAHAM: ¡Eres una maravilla de realismo, naturaleza, sutileza! Tu arte me recuerda a las pinturas realistas de los maestros Flamencos que parecían no pintar con un pincel sino con una aguja.

HENRY: Porque para mí la verdad es suprema y eterna. Lo aprendí de El Duque Jorge II, y de la Baronesa Helene von Heldburg que hacía las veces de dramaturgista y profesora de interpretación y dicción.

ABRAHAM: ¡Qué mujer aquella!

HENRY: ¿Y qué me dices de Chronegk?

ABRAHAM: Sí. También hay que atribuirle ser el impulsor de las giras europeas de los Meiningen,

HENRY: A las que el Duque en un principio se opuso por el miedo a un fracaso artístico y comercial.

ABRAHAM: Pero no fue así, y llegaron incluso hasta Moscú, y allí un niño quedó asombrado con esas funciones que repitió más de diez veces como espectador.

HENRY: Y ese niño es hoy Konstantin Stanislavsky. Qué viejo soy. Tanto como este Teatro.

ABRAHAM: Tú no eres viejo. No lo es tampoco este Teatro.

HENRY: Sí lo es. Y tiene muchas memorias... El Duque de Meiningen...De él aprendí a escuchar las sugerencias de los actores y a perseguir de una forma casi obsesiva que no hubiera ninguna disonancia entre los planteamientos textuales y cualquiera de los elementos escénicos; así como a trabajar duro para hacer sentir al espectador que efectivamente se encontraba presenciando los acontecimientos que se narraban en vez de una mera recreación de los mismos. Así se hacían las cosas antes. Así de magníficas. Y ahora todo ha muerto. Muerto.

ABRAHAM: Tú no estás muerto porque en ti no habita el tiempo.